ZOMBIE PLANET

DAVID WELLINGTON

PROPIEDAD DE
SCYLA EDITORES

timunmas

PRIMERA PARTE

PROPIEDAD DE
SCYLA EDITORES

1

Ayaan abrió la puerta de carga con una bota, y el aire seco del desierto se apoderó del interior del helicóptero. El aparato se bamboleaba y las soldados se agarraban a apoyos y cintas de nailon para mantener el equilibrio, pero Ayaan sencillamente cambiaba el peso de pie. La guerrera asomó la cabeza para mirar el cielo azul, sus rizos canosos ondeaban al viento. Su cara se arrugó al escudriñar las ardientes dunas. Había gente allí abajo, no podía discernir si viva o muerta, y avanzaban en dirección a su campamento. Por una vez no se trataba de una falsa alarma.

–Acércate un poco más –gritó ella.

Desde su puesto en los mandos, Osman no se volvió para responder, pero la tripulación lo oyó a través de sus auriculares.

–Por supuesto, chica. ¿Cuán cerca te gustaría? ¿Quieres olerlos?

Ayaan lo ignoró, para, en su lugar, volverse hacia Sarah. Ella le ofreció una cálida sonrisa a la joven y le hizo un gesto para que se aproximara.

–No te preocupes –le dijo ella–. No permitiré que te caigas.

Sarah fue hasta la puerta abierta del Mi-8 y se inclinó sobre los depósitos adicionales. Necesitaba tener una visualización mejor del ejército que había bajo ellos, sin la interferencia del fuselaje del helicóptero entre ella y la muchedumbre. Quince metros más abajo, brazos grises se estiraban hacia el helicóptero, como si pudieran cogerlo y hacerlo descender del cielo. Los muertos tienen una percepción de la profundidad nefasta.

–Necesito una estimación de sus fuerzas –exigió Ayaan–. ¿Son recientes?

PROPIEDAD DE SCYLA EDITORES

Sarah estudiaba la muchedumbre a la par que Osman giraba en amplios círculos por encima de ellos. Este ejército había salido de la nada. Los muertos raramente anunciaban sus movimientos, pero un grupo de estas dimensiones requería cierto grado de coordinación. Los necrófagos descerebrados no trabajaban juntos a menos que alguna potente voluntad los estuviera dirigiendo. Para qué habían venido era un misterio. Lo que Sarah sabía era que Ayaan no lo permitiría. Este pequeño tramo de la costa de Egipto era su nación, tal vez la última nación de vivos que quedaba en la Tierra. No estaba por la labor de permitir que los muertos se apoderaran de ella. Ayaan siempre había profetizado que sucedería algo así. Durante años habían entrenado exactamente para este tipo de ataque, y finalmente, inevitablemente, había llegado. Se habían subido al helicóptero en el momento que recibieron los primeros informes de movimiento en el perímetro.

Ahora Ayaan quería la opinión de Sarah sobre cómo proceder. Sarah era más joven, acababa de dejar atrás la adolescencia, así que tenía mejor vista. También tenía otros sentidos de los que Ayaan carecía.

Tratando de ignorar el aullido del viento en el exterior del helicóptero, el resplandor del sol sobre la arena, Sarah se puso la capucha de su sudadera para cubrirse el pelo. Centró su atención en las partes de su ser que podían sentir muerte, tal como le habían enseñado. El vello de la nuca y los antebrazos. La sensible piel de detrás de las orejas.

Cerró los ojos pero siguió mirando.

Lo que vio la asombró. La superficie que tenían debajo rebosaba de energía púrpura, oscuras manchas donde los muertos se reunían con su furia latente, fríos y hambrientos. Pero entre aquellas sombras ardían almenaras de luz dorada, más fuerte, más vital, con vida. Imposible. Los muertos y los vivos no podían trabajar codo con codo. Los muertos existían sólo para devorar vida. Y sin embargo, ella veía lo que veía. Cuando estaba intentando procesar qué significaba, vio una de las formas doradas moviéndose, levantando algo hasta su ojo. Algo que sujetaba con ambas manos. Abrió los ojos y divisó a un hombre vivo de piel clara apuntándola directamente con un rifle.

–¡Cuidado! –gritó en su micrófono, tan alto que incluso ella se estremeció. Antes de que nadie pudiera responder, una bala ascendió a toda velocidad a través del fuselaje del Mi-8, fallando por poco el pie de una de las soldados de Ayaan. La mujer chilló y retrocedió de un salto cuando los proyectiles de fuego automático rasgaron la fina piel de la tripa del helicóp-

PROPIEDAD DE SOVA EDITORES

tero. Una luz cruzaba fugazmente el interior de la cabina cada vez que una bala la perforaba, atravesando el fresco y oscuro espacio. El ruido martilleaba por las chapas de la cubierta, golpeteaba el techo del helicóptero. Ayaan comenzó a vociferar órdenes, pero Osman se había adelantado a ella. El helicóptero dio media vuelta inclinándose con tanta fuerza que Sarah creyó oír la estructura deseando desmontarse. El piloto tiró de su palanca de mando y salieron despedidos por el aire como el corcho de una botella de champán, ganando altitud lo bastante rápido para que el estómago de Sarah se replegara en sí mismo como un animal herido. Se tragó el vómito que ascendía por su garganta y levantó una mano para intentar apartarse el sudor de la frente. Sin embargo, se detuvo a medio camino cuando vio que su mano estaba pegajosa de sangre.

Aterrorizada para mirar, demasiado asustada para no hacerlo, se dio media vuelta lentamente. El interior del helicóptero había quedado cubierto de rojo brillante. La sangre formaba charcos entre los asientos de la tripulación y se filtraba pausadamente a través de lo que tal vez eran cien agujeros de bala. Lo que quedaba de una mujer muerta estaba desparramado sobre la cubierta, una mano hecha añicos, sin dedos, estaba tan próxima a Sarah que podría haberse agachado y sujetarla. Sintió un perverso deseo de hacer exactamente eso.

Era Mariam. La francotiradora experta del escuadrón. Había sido Mariam. No lo sería por mucho tiempo.

La mano se agitó. Se cerró en un puño no muy apretado. La soldado muerta tenía convulsiones en la parte superior, sus hombros giraban cuando ella se sentó para mirar a Sarah con los ojos en blanco. Tenía la boca abierta, la sangre manaba entre sus dientes. La mayor parte del flanco izquierdo de su caja torácica había volado. Definitivamente no respiraba.

Podía suceder así de deprisa. Sarah ya había sido testigo de cómo se levantaban los muertos antes. Ayaan le había enseñado qué hacer al respecto. Sacó su pistola del bolsillo e hizo un disparo hacia la frente de la mujer muerta. La nueva necrófaga ya estaba arremetiendo contra ella cuando abrió fuego. Una pequeña erupción de sangre estalló en la sien derecha de la mujer. No era una ejecución definitiva. Podía sentir a la necrófaga acercarse a ella, aproximarse. Eran lentos pero implacables, un solo arañazo o mordisco bastarían. Sus dedos temblaron cuando levantó el arma e intentó apuntar.

PROPIEDAD DE SILVA EDITORES

Ayaan se abalanzó sobre Mariam y la cogió por el hombro y la cadera que le quedaba.

–¡Cúbrete! –le gritó a Sarah. Ella se protegió la cara y la cabeza de las zarpas mientras Ayaan empujaba a Mariam por la puerta abierta. Su cuerpo no muerto bajó girando para chocar contra la arena en medio del ejército que había en tierra.

Ayaan y Mariam se conocían desde que eran colegialas, desde antes de que les viniera la regla. Desde antes de tener que aprender cómo disparar. Nadie dijo una palabra de protesta o indignación. La cosa que Ayaan había tirado por los aires ya no era Mariam, y todas lo sabían. Así era ahora esa clase de mundo, y así había sido durante doce duros años.

Osman continuó ascendiendo hasta que estuvieron fuera del alcance de las armas de fuego. Los muertos seguían intentando coger el helicóptero, pero los vivos dejaron de disparar y ellos estuvieron a salvo de nuevo.

–Armas de fuego –dijo Ayaan, moviendo la mandíbula para destaponarse los oídos–. Los muertos no disparan.

Sarah se armó de valor. Tenía que participar en esta conversación.

–También había vivos ahí abajo. Tal vez un tercio del total. Todos llevaban rifles. No puedo decir que sepa cómo lo hacen.

Ayaan asintió.

–Sabíamos que tenía que haber uno de ellos dándole un apoyo cercano. –Uno de ellos. Un *khasiis*. La palabra somalí significaba «monstruo». Los angloparlantes utilizaban la palabra *lich*. Los muertos no tan descerebrados. Cuando un necrófago se las arreglaba para mantener su intelecto después de la muerte, también tenía tendencia a desarrollar ciertas facultades nuevas. Aprendían a ver la energía de los muertos, igual que Sarah había hecho. Algunos de ellos aprendían a controlar a otros no muertos, a comunicarse con ellos telepáticamente y someterlos a sus monstruosas voluntades. Ayaan tenía experiencia con los *liches*. Había tenido que disparar a uno en la cabeza un año atrás, uno llamado Gary. Gary no sólo había sobrevivido al disparo, además había esclavizado una ciudad entera. Había sido necesario un verdadero infierno para acabar con Gary, y Ayaan había perdido muchos amigos en el proceso. Uno de esos amigos había sido el padre de Sarah.

–Debe de haber un objetivo de alto nivel en las proximidades –dijo Ayaan.

–«Alto nivel» es correcto si puede superar su instinto natural de devorar

PROPIEDAD DE SOMA EDITORES

a los vivos. –Fathia, la segunda al mando de Ayaan, apoyó la barbilla en la culata de su rifle de asalto y pareció asustarse–. Gary podía hacer eso, durante breves periodos. Pero incluso él tenía límites. Si este ejército lleva en marcha mucho tiempo, avanzando juntos, necesitaría de un *khasiis* más poderoso que Gary. Y sólo hay uno de ese tipo del que tengamos conocimiento.

–El Ruso –dijo Ayaan. Sus ojos se entrecerraron en delgadas y furiosas líneas–. El Zarevich.

Sarah sabía que tenía que ser cierto. Pero ¿qué podría estar haciendo el monstruo más preeminente en Egipto? Todo el mundo conocía la historia del chico *lich*. Había resultado herido en un accidente de tráfico, un atropello con fuga, en la época en la que todavía había coches. Había languidecido en un estado semicomatoso durante años en una cama de hospital, medio muerto incluso antes de que la Epidemia estallara. Cuando los muertos se levantaron, el chico fue abandonado donde estaba, sólo para morir y despertar con su intelecto intacto, y con nuevos sentidos y destrezas, nuevos poderes sobrenaturales que nadie había visto antes.

Se decía que tenía un ejército de muertos y un culto de vivos, y que en algunas partes de Siberia estaba considerado la Segunda Llegada de Jesucristo. Las historias sobre él siempre versaban en torno a su crueldad y su poder. Lo retrataban como un demonio. Por su parte, él sólo afirmaba ser un zarevich, un Príncipe de los Muertos. Todo el mundo conocía estas historias, pero nadie había imaginado que llegaría tan lejos.

–Ha venido aquí en persona –dijo Ayaan–. Está aquí ahora. –Sus fríos ojos se iluminaron, pero no se volvieron más cálidos–. Ha cometido un error.

PROPIEDAD DE SCYLA EDITORES

2

Ayaan tenía una responsabilidad para con los supervivientes, los vivos, que había dejado fuera de Port Said. Podría haber ordenado a Osman en cualquier momento dar media vuelta y brindar apoyo aéreo al campamento. No lo hizo. Las otras mujeres del helicóptero comenzaron a intercambiar miradas de soslayo, ocasionales preguntas inacabadas.

–Nunca nos hemos enfrentado a un enemigo armado antes. ¿No deberíamos reagruparnos, conseguir refuerzos? –preguntó Leyka.

Ayaan se volvió y las fulminó con la mirada. Todavía tenía gotas de sangre de Mariam en la mejilla.

–El campamento está preparado contra los ataques, si es que eso es lo que él persigue. Si ahora le damos la oportunidad de escapar, puede que no volvamos a verlo nunca. Vamos a encontrar al Ruso hoy, y vamos a dejarlo fuera de juego.

Era suficiente para la mayoría de las soldados. Ayaan las había guiado a extraños enfrentamientos y había demostrado su brillantez táctica cientos de veces. Si decía que sabía lo que estaba haciendo, ellas la creían. Sarah no estaba tan segura, pero se lo reservó para sí misma. Las mujeres recordaban a su padre con respeto, pero eso nunca se había hecho extensivo a ella. Como el miembro más joven de la unidad de Ayaan y la única no somalí, su opinión contaba poco. Sin embargo, no podía evitar tener un mal presentimiento.

Ayaan siempre había sido más que precavida. Había rozado la paranoia

PROPIEDAD DE SCYLA EDITORES

en el pasado, y eso había mantenido a su gente con vida. Ahora se estaba metiendo en la boca del lobo. No tenía sentido.

–Tengo confirmación visual de un segundo grupo –informó Osman por los auriculares–. Más pequeño…, tal vez cincuenta individuos.

–Mantente cerca de ellos, pero con un ojo en tierra. –Ayaan tenía unos binoculares en la mano. Habían sido diseñados para visión nocturna, pero la batería había muerto años antes. Todavía funcionaban como prismáticos a plena luz del día. Su voz sonó como una cascada de cubitos de hielo–. Allí.

Sarah se adelantó sirviéndose de las manos, agarrándose a las asas de nailon cosidas a los reposacabezas de los asientos de la tripulación. En la cabina de mando del Mi-8 podía divisar la superficie terrestre a través del morro de cristal y ver de lo que estaba hablando Ayaan. Unas cincuenta personas, casi todas ellas muertas, estaban trepando la ladera de una duna de arena bajo ellos. La mayoría tiraban de gruesos cables, arrastrando un vagón de carga con enormes neumáticos de caucho. En la parte de atrás había agazapada una especie de tienda, tal vez una yurta. De los lados del vagón sobresalían algunas ametralladoras de calibre 50 sobre trípodes universales, mientras que en medio, los necrófagos estaban al lado de enormes manivelas, ajustando la suspensión del vagón en su ascenso a trompicones por la duna.

La puerta de la yurta se abrió y alguien emergió del oscuro interior. Entonces le sucedió algo a la luz del interior del helicóptero, a los ojos de Sarah, y a sus sentidos más sutiles. Miró de nuevo a la figura de la entrada de la yurta. A pesar de que estaba a quinientos metros de distancia, Sarah podía distinguir sus rasgos a la perfección. Tenía la sensación de estar observando a través de prismáticos, aunque no era así. Se trataba de un niño, más bajo incluso que ella, de unos diez o doce años. Era asombrosamente guapo.

Su piel era tan blanca que resultaba cerúlea bajo el sol del desierto. Su tez era de una claridad perfecta, su cabello era dorado pálido aún más claro que su piel. Sus grandes y conmovedores ojos ardían en llamas azules. Llevaba la armadura de un guerrero medieval, reducida para encajar en su complexión y esmaltada en un negro brillante con un motivo de huesos y viñas rastreras. En la mano derecha sujetaba un cetro coronado con una calavera humana blanqueada. En las oscuras cuencas de sus ojos centelleaban sendos zafiros.

PROPIEDAD DE SCYLA EDITORES

El niño miró directamente a Sarah. No sólo en su dirección, sino a ella, estableciendo contacto visual. Momento en que supo que algo iba mal.

–Agarraos a algo, señoritas –gritó Osman a la vez que giraba el Mi-8. Las ametralladoras montadas en el vagón abrieron fuego con munición trazadora, las chispas amarillas dibujaban arcos e intentaban tocar el helicóptero. Fathia se levantó de un salto de su asiento mientras las balas pasaban tan cerca que Sarah se deslumbró con sus parpadeantes luces. La soldado comenzó a sacar rifles de asalto a tirones de la armería de la parte delantera de la zona de carga y se los pasó a sus compañeras de escuadrón. Ayaan se quitó el cinturón de seguridad y retiró la funda de su arma. El mismo AK-47 que llevaba desde que dejó la escuela.

Osman nunca había impresionado a Sarah por su valor, pero él no se amilanó ante las órdenes de Ayaan; tal vez ambos compartían algún motivo secreto para actuar de modo tan irracional. El piloto aceleró el helicóptero y empujó el timón hacia delante, lanzando el Mi-8 directo hacia el vagón con toda la potencia que permitía el motor termoeléctrico dual. Las soldados se asomaron por la puerta de la tripulación y por la rampa trasera, protegidas de una caída mortal sobre la arena sólo por las cuerdas de seguridad. El aire en el interior del helicóptero vibraba con el ruido de las descargas continuas de sus armas. Así de rápido estaban en medio de una batalla.

Uno de los necrófagos que se encargaba de las manivelas del vagón se desplomó contra la misma; su cabeza era una mancha oscura. El vagón se inclinó bruscamente a un lado. Las tropas del Ruso respondieron con una salva de balas por el fuselaje del helicóptero y reventando una de las ventanas de ojo de buey del flanco de estribor.

–Vuelve, esta vez más cerca –chilló Ayaan mientras metía un cargador entero en su rifle y ajustaba su mira de hierro.

–Te llevaré hasta sus narices si quieres, y allí te dejaré –contestó Osman, pero giró para hacer otra pasada. Hizo descender el helicóptero a poca altura y a mucha velocidad, casi perdiendo el tren de aterrizaje cuando rozaron la parte superior de la yurta. El rifle de Ayaan hizo un ruido seco y escupió tres ajustadas y controladas ráfagas de tres balas cada una. Los necrófagos que arrastraban el vagón se apartaron de sus disparos, pero no lo bastante rápido. Las cabezas estallaron, los cuerpos giraron sobre sí mismos y se desplomaron. Uno de los encargados de las ametralladoras resbaló y cayó en la arena, la sangre salía a chorro de su esternón partido.

PROPIEDAD DE SCYLA EDITORES

Sarah miraba fijamente al chico que estaba en pie en el vagón. Parecía la viva imagen de la calma. La descarga cerrada de balas ni siquiera lo había despeinado. Había algo que no acababa de estar bien en su energía. Era oscura, por supuesto, el chico era un no muerto, un *lich* entre *liches*, y su energía absorbía luz como un agujero negro, pero… ¿qué era? Sarah no se decidía. Pero algo no iba bien.

Aparecieron agujeros de bala en el suelo del helicóptero, y Leyla se apresuró a tirar una manta blindada recubierta de caucho Kevlar sobre las chapas de la cubierta para brindar algo de protección a las soldados. Cuando el helicóptero giró y se alejó del vagón y del alcance de la ametralladora restante, Sarah ató su cuerda de seguridad al suelo y trató de agarrar el brazo de Ayaan.

–¡Eh! ¡Eh! –dijo ella, intentando moverse con el helicóptero cuando éste se ladeó, con brusquedad–. Hay algo… –gritó, pero su casco mal encajado se había torcido y no podía oír su propia voz por encima del ruido del motor–. ¡Ayaan! –chilló.

Ayaan no perdió más tiempo. En la tercera pasada, cambió su arma a fuego automático y vació un cargador sobre el chico ruso, sus brazos siguiéndolo con la precisión de una máquina. La madera del suelo del vagón se astilló y escupió polvo, pero él ni siquiera miró a Ayaan. No, sus ojos todavía seguían fijos en Sarah. Todavía la miraba a ella. Dentro de ella.

En la cabina de mando las luces destellaban en el panel de controles de Osman y una alarma aullaba con urgencia. La ametralladora había acertado un blanco de verdad, había hecho explotar uno de los depósitos de combustible del Mi-8. Los sistemas automáticos de incendio y las cámaras de aire de seguridad se activaron y evitaron que el helicóptero estallara, pero unas llamas azules prendieron el fuselaje y las salpicaduras de keroseno en llamas penetraron por la puerta abierta de la tripulación.

–Ayaan, él no es… él no está… –A Sarah le costaba concentrarse en las palabras. La mirada del chico la dominaba, obligándola a mirarlo de nuevo. Vio tanta inteligencia en sus pómulos, tanta pena en sus labios azulados. La estaba hipnotizando, lo sabía, y sabía cómo combatirlo, pero le dificultaba la capacidad de hablar.

Levantó la vista y vio que Ayaan había cogido un RPG-7V de la armería. Deslizó una bulbosa granada propulsada por cohete en el tubo y levantó la mirilla hasta su ojo.

PROPIEDAD DE SOVIA EDITORES

Sarah echó un vistazo a su espalda y vio que la puerta de tripulación de babor todavía estaba cerrada. Si Ayaan disparaba el RPG dentro del helicóptero, la implosión volaría la puerta y los freiría a todos con el gas saturado. Tan concentrada como estaba en su objetivo, Ayaan parecía estar por encima de tales preocupaciones.

Soltando su cuerda de seguridad, Sarah se lanzó a lo largo de la cabina y tiró con fuerza de la palanca de la puerta justo cuando Ayaan localizaba a su objetivo y apretaba el gatillo. El humo se propagó en un chorro cónico por la parte de atrás del lanzagranadas y se dispersó con el viento. Sarah miró por la puerta abierta y observó la granada propulsarse hacia su objetivo. Finalmente, el chico apartó la vista de ella y volvió la cara hacia el proyectil. Alzó su cetro como si pudiera desviar el explosivo. No funcionó.

Una nube marrón se elevó en la superficie del vagón, un caos de astillas y restos. Uno de los trípodes de las ametralladoras salió volando, alejándose entre volteretas del vagón. Los hombres muertos, que seguían incansables accionando la manivela, se quedaron inmóviles en el sitio mientras los escombros salpicaban sus cuerpos y los arrojaban contra las ruedas.

Cuando se despejó el humo, se podía ver un agujero de un metro de diámetro en la parte superior del vagón, un enorme cráter donde antes había madera sólida. De pie en medio del agujero estaba el chico ruso. Sus mejillas ni siquiera se habían manchado de hollín.

Sarah se dio cuenta de que no, no estaba de pie en medio del cráter. Estaba flotando sobre él. No se había inmutado, literalmente… estaba flotando en el aire a pesar de que habían volado el vagón que tenía bajo los pies. Sarah lo estudió con sus sentidos ocultos y masculló una palabrota. Forcejeó para colocarse bien el casco.

–Ése no es él… es una proyección, Ayaan, una proyección mental. No es más que una ilusión óptica.

–*Seelka meicheke* –maldijo Ayaan. Tiró el lanzagranadas en la cubierta del helicóptero con un estruendo metálico. Osman se apartó, lejos del alcance de las armas de fuego, a pesar de que la ametralladora que quedaba en el vagón estaba dando vueltas sin control y nadie se ocupaba de ella. Todos los ojos del helicóptero se dirigieron a Ayaan.

–De acuerdo –dijo ésta tras un momento–. Osman, aterriza en lo alto de esa duna. –Señaló una onda creciente del desierto quizá a un kilómetro de distancia.

PROPIEDAD DE SCYM EDITORES

Las mujeres en la zona de carga se miraron unas a otras y algunas ahogaron un grito. El miedo se apoderó de Sarah con demasiada fuerza para que pudiera pronunciar palabra. Si hubiera podido, le habría preguntado a Ayaan si había perdido la cabeza de repente. El helicóptero les proporcionaba la única ventaja real que los vivos tenían sobre los muertos: la capacidad de huir volando. Si aterrizaban ahora, con un ejército de muertos tan cerca, no tendrían ninguna protección de verdad.

Sin embargo, Osman reconocía una orden directa cuando la oía, e hizo lo que se le decía.

PROPIEDAD DE
SCYLA EDITORES

3

Ayaan se arrodilló y tocó la arena, luego se llevó la mano al corazón y a la frente. Era un gesto muy antiguo, anterior a la Epidemia: estaba dándole las gracias a la Tierra, a su madre y a su Dios por concederle el derecho a hacer la guerra. Las otras mujeres se apresuraron a imitarla, pero Sarah se negó a seguirlas.

–Vale, esto es una estupidez –farfulló. Sabía que sonaría como una quejica y una egoísta, pero no podía evitarlo–. ¿Alguien puede decirme otra vez por qué estamos haciendo esto? El *lich* supremo de todos los tiempos está al otro lado de esa colina y nosotras nos vamos a quedarnos aquí y hacerle frente a pie. A pesar de que tenemos un helicóptero y podemos marcharnos sin más.

–Nunca has comprendido lo que significan las órdenes –dijo Fathia, poniéndose en pie, con el rifle bamboleándose en sus manos. El cañón no estaba apuntando a Sarah, nunca sería así a menos que Fathia quisiera matar a la joven de veras, pero implicaba una amenaza que tenía como fin ser tomada en serio–. Tú eras una huérfana que adoptó como a su hija, y lloras como si todavía fueras un bebé.

Sarah abrió la boca para responder, pero Ayaan levantó las manos para que callaran y lo consiguió.

–¿Sabes por qué vinimos a Egipto? –preguntó en voz baja, con la misma suavidad de la arena que tenían bajo los pies.

–No había nada que comer en Somalia –contestó Sarah. Era cierto.

PROPIEDAD DE SCYLA EDITORES

Cuando los muertos se levantaron, cuando llegó la Epidemia, la hambruna ya había asolado el Cuerno de África. Con pocos vivos restantes para cultivar el campo, la escasez de comida se había convertido abiertamente en inanición. Egipto, con sus ciudades modernizadas llenas de mercados y tiendas de comestibles, prometía al menos algo de comida. Latas y recipientes llenos de carne en conserva y verduras en escabeche. Ayaan había sacado a su unidad fuera de Somalia con la esperanza de una vida mejor y había cumplido su promesa.

–Para sobrevivir –respondió Fathia–. Para reconstruir.

Ayaan asintió.

–Hemos llegado hasta aquí. No dejaré que me echen ahora.

Una protesta salió a borbotones del corazón de Sarah.

–Estamos en peligro. Cuando estamos en peligro, nos replegamos a una posición defendible. Tú me has enseñado eso.

Una sonrisa pasó fugazmente por el tenso rostro de Ayaan.

–Me alegro de ver que escuchabas. Tal vez aprendas otra lección. Hay momentos, a pesar de que sean escasos, en que huir es un error. Este Ruso, este Zarevich, el Príncipe de los Muertos, cada día se hace más fuerte. Si no detengo su maldad ahora, cuando tengo la oportunidad, tal vez no sea capaz de plantarle cara la próxima vez. Hoy lo mataré. Si tiene la capacidad de proyectar imágenes de sí mismo, entonces estoy obligada a perseguirlo a pie, para poder sentir cómo se rompe su cráneo y saber que he terminado el trabajo.

–Entonces pidamos refuerzos. Haz que vengan los demás, establece zonas libres de fuego. Podrías erigir una fortaleza para frenar su avance…

–Sarah –la interrumpió Ayaan.

–No, en serio, podemos conseguir que el otro helicóptero aterrice aquí en veinte o treinta minutos, podemos montar un área de ataque mortal, después podemos atraerlo…

–Sarah. –Ayaan cerró los ojos y negó con la cabeza–. Por favor, ve a esperar con Osman.

Atónita, Sarah, al fin, guardó silencio. No podía dar crédito. Ayaan había pronunciado el mayor insulto: había proclamado que Sarah no servía para nada. Que no quería a Sarah con ellas durante la batalla. Era lo típico que Ayaan le diría a una niña, a un bebé.

Tampoco había ningún ruego que hacer. Una vez que Ayaan daba una

PROPIEDAD DE SCYLA EDITORES

orden nunca la retiraba. Sintiendo las miradas de Fathia y Leyla y las demás a su espalda, regresó al helicóptero. Le vino a la cabeza cuando estaba a medio camino que debería haberse callado, que debería haber acatado la orden de Ayaan sin rechistar, igual que hacían las demás. También le vino a la cabeza que si estaba en el helicóptero, era menos probable que la mataran.

Estaba pensando en esas cosas, con la cabeza gacha, abatida, cuando algo rápido y terrible la golpeó como un coche en marcha. Se desplomó sobre la arena al tiempo que algo incoloro y violento y extremadamente veloz se encabritaba sobre ella, sus extremidades rechonchas alzadas, su brillante cabeza centelleando bajo la luz del sol. Sabía, estaba completamente segura, de que en unos microsegundos iba a morir, una muerte rápida, pero extremadamente dolorosa. Cerró los ojos, pero todavía podía ver el aura de la cosa muerta que estaba a punto de matarla. Su energía no se parecía a nada que hubiera visto antes. Era oscura, por supuesto, fría y hambrienta como la de cualquier necrófago. Pero en lugar de ser humeante y siseante y crepitante, como el hielo fundiéndose al sol, esta energía bullía y crujía como algo puesto al fuego. Su forma tampoco era normal, faltaba algo…

Oyó un disparo y se apartó de ella, desapareció de la vista. Una integrante del escuadrón de Ayaan la había salvado. Abrió los ojos y vio un cuerpo que todavía se movía deslizándose por la pendiente de una duna. Sus brazos se agitaban sin control en el aire, moviéndose a tal velocidad que se veían borrosos. Imposible: los muertos carecían de la energía para moverse así. Eran lentos, descoordinados, piltrafas que se arrastraban.

Éste podría haber atrapado a un colibrí al vuelo y tragárselo entre un aleteo y otro.

No era fácil verlo bien, pero Sarah podía distinguir algunos detalles. La cosa muerta había perdido las rodillas por el fuego automático de un rifle y no volvería a caminar nunca. Estaba desnudo, su piel era grisácea y había encogido sobre sus huesos. Sus labios o bien se habían podrido o habían menguado, dejando a la vista un buen trozo del hueso de la mandíbula. Lo mejor para morder, supuso Sarah. Llevaba un casco de minero, con una linterna rota y todo, para proteger su vulnerable cráneo. Sus manos, oh Dios, le habían cortado las manos, dejando muñones irregulares y sin sangre. Los huesos de sus antebrazos habían sido tallados en perversas puntas.

PROPIEDAD DE SCYM EDITORES

La nausea subió de su estómago hasta la garganta, pero Sarah logró controlarse. Los muertos sentían poco dolor, lo sabía, pero también carecían de la destreza manual para ese tipo de intervención quirúrgica. Había tenido que ser una persona viva la que hubiera amputado esas manos.

–Dos en punto –gritó Leyla. Sarah se las arregló para apartar la vista del horror que tenía a sus pies para encontrarse con uno nuevo ante sí. En lo alto de una duna, a cien metros de su posición, estaba el cuerpo del hombre no muerto. Su piel se había fundido sobre su esqueleto de tal modo que lo único que podía ver de su cara era hueso. Al menos tenía manos, aunque eran igualmente huesos. Llevaba una ondeante túnica verde que se parecía un poco a un albornoz, aunque más al hábito de un monje medieval. Estaba inclinado sobre un pesado bastón para caminar hecho con tres fémures humanos fusionados por los extremos.

Un *lich*. No una de las marionetas descerebradas que Sarah había visto lanzándose a por el helicóptero, sino un *lich*, un verdadero *lich*, un hombre muerto con el cerebro intacto, tan inteligente como cualquier ser humano y probablemente en posesión de poderes imposibles de distinguir de la magia. El más grave de los crímenes del Zarevich era que no sólo destruía a los vivos, sino que además los cambiaba, transformándolos para servir a sus propósitos. Él había hecho al necrófago sin manos, del mismo modo que había convertido *liches* para que fueran sus tenientes.

Sarah había sobrevivido a docenas de asaltos contra los no muertos y a cientos de ataques de cadáveres hambrientos. No se asustaba con facilidad. Sin embargo, nunca había visto a un *lich*, y la aparición la heló hasta las entrañas.

–Te he dado una orden –dijo Ayaan. No estaba mirando a Sarah. Tenía el AK-47 levantado y estaba apuntando para hacer un disparo a la cabeza. Pero el espectro verde estaba muy lejos y Sarah sabía que las posibilidades de Ayaan de una muerte limpia eran escasas.

El monstruo togado levantó la mano que tenía libre para señalar a la mujer que tenía ante él. Un huesudo dedo las apuñalaba arena por medio. Sarah podía sentir la energía oscura emanando de aquella figura como una luz abriéndose paso entre las nubes. Subiendo por las dunas, bamboleándose, saltando a por ellos a cuatro patas, una forma oscura recortaba distancia en la arena. Otra apareció tras su señor verde, revelándose como una mujer.

PROPIEDAD DE SOMA FICTIONES

–Retroceded –dijo Ayaan. Las mujeres comenzaron, lentamente, a abandonar sus posiciones de combate–. Retroceded todas.

Sarah intentó moverse, pero se vio forzada a observar a una tercera forma veloz saltar por encima de las dunas. Una cuarta, una quinta y una sexta forma imitaron a las otras en riguroso orden. Uno de ellos llevaba un casco de motorista con el visor cerrado, no la había podido ver del todo bien antes de que acelerara directamente a por ella.

Un cálido y firme brazo, con una mano en el extremo, la apresó por el estómago cual guadaña y la derribó. Era Fathia, la segunda al mando de Ayaan. Cogió a Sarah como si fuera un saco y la lanzó a la fuerza en el interior de la zona de carga del helicóptero.

Tumbada boca abajo, Sarah miró al otro lado de la arena. Vio a las soldados corriendo hacia ella, corriendo hacia el helicóptero. Los necrófagos acelerados, moviéndose como películas mudas de lo que deberían ser en realidad, corrían más rápido.

–Sácanos de aquí –le gritó Fathia a Osman. El piloto ya estaba activando los mandos en el panel de control. Uno de los veloces necrófagos frenó derrapando a menos de cincuenta metros y miró directamente al helicóptero. Las vio, Sarah notaba su atención, su deseo.

Una soldado, luego otra, entraron de un salto al helicóptero. Sarah vio a tres de los necrófagos acelerados colisionar sobre Leyla, sus talones afilados apuñalándola una y otra vez como pistones mecánicos. Su sangre se derramó en la arena, el olor de la muerte reapareció en la nariz de Sarah. Había otras soldados perdiendo sus batallas una a una con los borrosos monstruos. ¿Dónde estaba Ayaan? Sarah la oía gritar, pero no podía verla.

–Vamos, vamos, vamos –recitaba Fathia, asomándose por la puerta de carga, escudriñando la duna en busca de las mujeres que todavía no habían llegado al helicóptero. Sarah se descubrió a sí misma recitando las mismas palabras. El veloz necrófago se dirigía ahora a ellas, al galope sobre la arena. Si entraba en el helicóptero, sólo le llevaría unos segundos matarlas a todas.

Pero ¿dónde estaba Ayaan? Sarah no la veía. Sacó su atención al exterior, tal como le habían enseñado, en busca de cualquier señal de la comandante. Sí, oyó algo. «*Cantuug tan!*», la voz de Ayaan. Sonaba distante, sus palabras rotas por el viento del desierto. ¿Había avanzado para intentar derribar al espectro verde? Cualquier otra orden que ella pudiera tener se perdió en el

PROPIEDAD DE SCYLA EDITORES

ruido de los rotores girando. Antes de que el veloz necrófago pudiera alcanzar el Mi-8, Osman había levantado el vuelo y se estaba alejando.

Sólo la mitad de los asientos de la tripulación estaban ocupados. Nadie protestó ni le pidió al piloto que regresara a por las soldados que faltaban, estaban por encima de eso. Era esa clase de mundo. Lo había sido durante los últimos doce años.

PROPIEDAD DE
SCYLA EDITORES

4

PROPIEDAD DE SOMA EDITORES

El helicóptero aterrizó en medio del campamento cerca de Port Said, a cinco kilómetros de donde Ayaan había muerto. Osman se posó en tierra con delicadeza, entre su gemelo y un tercer helicóptero más pequeño que se había averiado un año antes y que conservaban sólo por las piezas de recambio. Sarah recogió los rifles de las mujeres que habían logrado salvarse y comprobó que tenían el seguro, luego los volvió a guardar en la armería. Como mascota oficial del escuadrón de Ayaan, recaía en ella hacer todos los trabajos pesados, a pesar de que carecía de la masa muscular de las soldados. También era su trabajo limpiar la sangre de la zona de carga, pero no se figuraba cómo lograría hacerlo. No era capaz de comenzar a pensar qué haría a continuación. Bajó de un salto de la cubierta del helicóptero y notó el pesado bulto de su arma en el bolsillo. Sacó la plana Makarov PM, extrajo el cargador de la culata y dejó que el cañón avanzase hasta encajarse en la posición abierta. Asegurándose que no había ninguna bala en la recámara, guardó el cargador en un bolsillo y la pistola en el otro. Hizo todo esto sin dedicarle el más mínimo pensamiento, igual que lo había hecho cientos de veces previamente. Ayaan la había obligado a practicar para hacerlo rápida, para hacerlo de la misma manera cada vez. Ayaan.

Sarah no tenía ni idea de qué hacer a continuación; Ayaan estaba muerta. Tal vez estaba deambulando por el desierto en ese mismo momento, descerebrada, hambrienta, insensible. O quizá los veloces necrófagos la habían devorado por completo. Muerta. De uno u otro modo… de uno u

otro modo ya no había nadie para decirle qué hacer. No era capaz de recordar una época así. Si se concentraba en pensar lo bastante atrás podía acordarse de su padre, recordaba apretar la cara en la suavidad de su camisa, el olor de su sudor mientras él la abrazaba contra su pecho. Podía evocarlo corriendo, moviéndose, podía recordar que su madre ya no estaba con ellos. Después de eso, cada uno de los recuerdos que poseía giraba en torno a Ayaan. Se pasó las manos por la cabeza rapada, se rascó el cuero cabelludo con las uñas. No sabía qué hacer.

–Eh, ayúdame con esto –dijo Osman.

Ella se giró sobre sus talones y lo vio agachado al lado del depósito de combustible destrozado en el flanco del helicóptero. Él levantó la vista para mirarla con una expresión de tal preocupación y compasión que Sarah se preguntó si realmente era lástima lo que él sentía. Se sonrojó y avanzó rápidamente para ayudarlo a desmontar el depósito, desencajándolo del armazón con una llave de tubo. Se pilló el pliegue de piel entre el pulgar y el índice con el tosco metal y le subió un dolor por el brazo. Le aclaró la mente en un instante.

–Tengo hambre. ¿Quieres algo? Tengo una lata de tomates estofados que he estado reservando para un día lluvioso. –Osman no le dirigió la mirada esta vez, lo cual era casi peor.

–Escucha, pequeña, estamos vivos, eso cuenta, eso es un logro en un mundo como éste. –Le deslizó un brazo por los hombros y ella hizo ademán de empujarlo, y luego cedió. Tras un momento, ella se volvió, apretando su cuerpo contra el de él en un abrazo de verdad. Osman también formaba parte de su vida desde que tenía memoria. Si Ayaan había sido como una hermana mayor para ella, Osman había sido un tío. Era agradable oler el humo de kif que impregnaba su camisa deshilachada, era agradable sentir el calor de su cuerpo–. Saldremos adelante –le dijo él–, igual que hemos hecho siempre. Dios y su Profeta no deben querernos mal si nos han permitido vivir todo este tiempo, ¿no crees?

Sarah asintió y se apartó de él. Osman fue a por sus tomates, pero finalmente ella no tuvo oportunidad de compartir su banquete. Un niño de ocho años en pantalones cortos y chanclas llegó corriendo, sin aliento, a decirle que Fathia la quería en la alambrada del perímetro. Fue hacia allí directamente.

El chico la condujo a través del mercado al aire libre del campamento,

PROPIEDAD DE SCYMEDITORES

un apretado espacio de puestos bordeados de bloques de hormigón rotos en donde los ancianos examinaban las latas en busca de signos de botulismo o descomposición. Alma, una de las mujeres de la unidad de Ayaan, se estaba lavando la cara en una olla llena de agua rosácea extraída del pozo comunitario cuando Sarah pasó a toda velocidad a su lado. Ella levantó la vista y luego la apartó de nuevo, como para fingir que no había visto a Sarah.

No tenía tiempo para interpretar qué significaba eso. Sarah se apresuró a recorrer una larga «calle», flanqueada de tiendas-hogares semipermanentes. Al final de la misma encontró a Fathia bajo un toldo devorado por las polillas, inclinada sobre un mapa de los territorios colindantes. Otras soldados estaban tumbadas en suelo en las proximidades, a la sombra del muro de empalizada intentando descansar un poco.

El chico que había llevado a Sarah ante la nueva comandante se metió a cuatro patas bajo la mesa del mapa y enterró los dedos en la arena. Había cumplido su misión.

Fathia se aclaró la garganta.

–Ahora estoy yo al mando, por supuesto. Pero tengo trabajo que hacer antes de poder sacar de nuevo a las chicas. Tengo que reconstruir la unidad con la mitad de soldados que solía tener –dijo Fathia, como si quisiera la incorporación de Sarah. Sarah sabía que ella no quería–. De este modo, seremos más rápidas, más inteligentes. No veo un sitio para ti en esa estructura, así que voy a restringirte a tareas de campamento –continuó Fathia, enjuagándose la boca con agua no potable y escupiéndola en el suelo–. Espero que estés de acuerdo.

–En realidad, Ayaan siempre tuvo la sensación de que yo debía estar en el campo de batalla, que allí era donde mi talento era verdaderamente útil. –El estómago de Sarah se retorció con un mal presentimiento. Si no podía salir con las soldados, su utilidad para Fathia estaría claramente reducida. En el campamento egipcio siempre se había mantenido una regla: la gente más útil comía primero. Aquellos que no podían hacer nada de valor, aquellos que eran considerados peso muerto, pasaban hambre.

Fathia chasqueó la lengua, y Sarah miró hacia atrás, a las soldados, rápidamente, avergonzada de haber roto el contacto visual aunque sólo fuera un instante.

–Sí, ella dijo eso. Por otra parte –prosiguió Fathia, señalando un error

PROPIEDAD DE SCYM EDITORES

en el razonamiento de Sarah–, Ayaan ya no está aquí para tomar ese tipo de decisiones. Espero que no tengas problemas acatando órdenes. Sé que la obediencia no es uno de tus puntos fuertes.

Naturalmente, la única cosa peor que ser un peso muerto era ser insubordinado.

–No, señora, no será problema. Usted es la jefa.

–Supongo que lo soy –asintió Fathia, levantando la vista con fingida sorpresa–. Bueno, vamos a darle verdadero uso a tu talento. Necesito a alguien que haga guardia. Ese grupo mixto de muertos y vivos que hemos visto podría estar aquí a medianoche.

Eso significaba estar en vela toda la noche, pellizcándose las piernas sin compasión cada vez que comenzaba a cabecear. Significaba estar en pie expuesta al viento y la arena y después estar escupiendo polvo durante días. No protestó. Significaba que no sería un peso muerto, al menos no ese día.

Si ella no podía dormir aquella noche, al menos no estaría sola. Cuando el sol se puso sobre el desierto del oeste, el campamento fue iluminado con lámparas de aceite y esporádicas luces eléctricas. El combustible para ambos tipos de iluminación era muy escaso, y nunca se consumía sólo porque a alguien le costara conciliar el sueño. Los dos helicópteros se mantuvieron preparados, Osman y los otros pilotos durmieron sentados en sus asientos. Soldados armadas patrullaban las calles del campamento en busca de cualquier cosa fuera de lo corriente. Se gritaban unas a otras en susurros: naderías, afirmaciones huecas, confirmaciones de que todo estaba como debía. La necesidad de asegurarse flotaba en el aire como una gaviota planeando en la brisa.

El campamento quería saber qué sucedería a continuación. Incluso aquellos que ya no podían sostener un rifle o clavar una bayoneta tenían que saber, tenían que obtener noticias. ¿Estaban a punto de morir todos? ¿Los asaltarían esa noche? Durante doce años cada uno de ellos, de algún modo, había logrado seguir con vida mientras la oscuridad se llenaba de monstruos esperando a despedazarlos. Habían sobrevivido incluso cuando muchos otros habían muerto. Sólo podían esperar y preguntarse si ésa era la noche que todo cambiaba. En lo alto de su puesto de vigilancia, una plataforma desnuda de tablones de madera en lo alto de una palmera muerta, Sarah sólo podía escudriñar el horizonte e interrogarse a sí misma. Todas las veces anteriores que le había tocado hacer guardia en el aire se había sentido

PROPIEDAD DE SCYLA EDITORES

bastante segura. Los muertos no trepan a los árboles, el necrófago aislado que intentaba atacar el campamento nunca podría atravesar la empalizada de alambre de espino. Ahora, sin embargo, se enfrentaban a enemigos vivos armados con rifles. Ella era un objetivo fácil allí arriba, sólo el color oscuro de su sudadera con capucha la protegía de francotiradores. Quizá ésa era la razón por la que Fathia la quería en lo alto del árbol.

Ella sabía que Fathia no confiaba en ella por su capacidad para ver la energía de los muertos. Sabía que las soldados hablaban de ella a sus espaldas, hablaban de lo asustadiza que era. Ahora que Ayaan ya no estaba para protegerla, ¿querían causarle problemas? ¿Querían acabar con ella?

Esa idea la mantuvo en alerta la mayor parte de la noche. En ningún momento divisó señal alguna de ningún ejército en marcha. Llegó al punto de esperarlos, de desear que fueran sólo para poner fin a su guardia. No fueron. El campamento no debía de ser su objetivo. Justo antes de que rompiera el alba dio algunas cabezadas, sus párpados caían y subían, su barbilla se agitaba espasmódicamente cada vez que estaba a punto de dormirse, pero no llegaba a hacerlo del todo. No había sucedido nada. No iba a suceder nada.

En ese estado entre la vigilia y el sueño, sus sentidos esotéricos estaban en su punto más fuerte. Soñó con el destello oscuro de energía al otro lado de la alambrada antes de verlo. Sus ojos se abrieron de golpe y la adrenalina se disparó en sus venas. Estuvo a punto de caerse de su puesto.

No era un ejército. Se trataba de un solo necrófago. No obstante, ella alargó la mano para coger el silbato que llevaba alrededor del cuello. La matanza en las dunas había comenzado con un único necrófago atacándola a ella. No podía oírlos, no podía sentir su energía, pero…

El necrófago que estaba abajo se detuvo tambaleándose y levantó la vista, directamente hacia ella. Se llevó una mano a la boca, colocó un dedo putrefacto contra sus labios. Pidiéndole que guardara silencio. Luego, con la otra mano, le hizo un gesto para que se acercara. Lentamente, se dio media vuelta y regresó a la oscuridad.

«Mierda», pensó Sarah.

No podía imaginar un momento peor para ser convocada.

PROPIEDAD DE SCYLA EDITORES

PROPIEDAD DE
SCYLA EDITORES

5

Sortear la empalizada no era fácil.

Ayaan había diseñado el muro para que fuera infranqueable para los hambrientos necrófagos: dos capas de alambre enrollado rodeaban todo el campamento, dejando un espacio vacío de tres metros de ancho entre ellos. En el interior del pasillo, entre estas dos barreras, las soldados habían vertido un revoltijo de hormigón y varillas de hierro forjado, el hierro oxidado sobresalía para empalar a los intrusos descuidados. No había ninguna puerta en la empalizada ni en ningún otro lugar: se salía del campamento igual que se regresaba, en helicóptero, o te quedabas donde estabas. Un ser humano inteligente podía llegar a atravesar este caos si tenía unas tenazas sólidas y mucho tiempo. E incluso en ese caso dejaría señales evidentes de su paso.

La primera vez que Jack se había acercado a ella en Egipto, Sarah lo había dejado esperando en el desierto durante días mientras resolvía cómo podía escapar sin ser detectada. Sencillamente no podía ignorar su llamada. Él le había enseñado cómo ver la energía de los muertos, su único talento de verdad. Sin él, habría muerto tiempo atrás. Ella tampoco podía contarle a Ayaan de sus idas y venidas, así que tenía que ser astuta. Se había presentado voluntaria para su actual trabajo de limpiar y repostar los helicópteros. Una vez que los pilotos no miraban, había robado una de las mantas de Kevlar que utilizaban para blindar las cabinas de los Mi-8. Sarah le había quitado a la manta las placas de metal que llevaba por dentro y luego había cubierto

PROPIEDAD DE SGM EDITORES

la alambrada con el Kevlar, para a continuación trepar por su improvisada escalera.

Había repetido la proeza muchas veces desde entonces. Lo suficientemente a menudo para escaparse, incluso con el campamento en alerta máxima. Sin embargo, una vez que estuvo en desierto abierto comenzó a sentir un miedo muy familiar.

Sin la protección de Ayaan, incapaz de defenderse como era debido, sería una presa fácil para cualquier necrófago errante que la oliera por casualidad. Probablemente, cualquier otra persona habría sido devorada años antes. La especial relación de Sarah con Jack era algo que dudaba en contar, pero la había mantenido con vida.

–Sarah –la llamó él, con voz baja y aguda. Ella había subido sigilosamente la ladera de una duna que corría paralela a la alambrada y se cayó de bruces en la arena, aterrorizada–. Sarah, date prisa. No tenemos mucho tiempo.

Se había presentado ante ella como siempre, en el cuerpo de un hombre muerto. Nunca era el mismo cuerpo, pero ella sabía que era él porque la inteligencia guiaba sus acciones claramente. Éste era blanco y le faltaba la carne de un lado de la cara. El cuerpo llevaba un mono de trabajo azul con una camiseta a rayas azules y blancas debajo. Parecía un marinero. Tenía que ser uno de los soldados del Zarevich, decidió ella. Jack se inclinó y le tendió las manos, pero ella negó con la cabeza y se puso en pie sola. No podía permitirse oler a muerto cuando regresara al campamento.

–Jack, no sé qué estás haciendo aquí, pero es una idea realmente pésima –protestó Sarah–. Fathia convertirá mi vida en un infierno si descubre que no estoy.

–Oh, ¿eso hará? ¿Convertirá tu vida en un infierno? –En los ojos prestados de Jack destellaron los primeros rayos azules del amanecer–. Sabes mucho del infierno, ¿eh? No puedes saber cómo es el infierno, no cuando todavía tienes piel para mantenerte caliente y huesos para mantenerte en pie.

Sarah se mordió el labio inferior.

–Perdona –se excusó ella–. No quería decir…

–Yo soy quien te enseñó a ver, niña. Yo soy quien te hizo especial. Cuando esas zorras de ahí dentro creían que eras demasiado pequeña y escuálida para malgastar su tiempo contigo, fui yo quien te dio la magia. Así que si te

PROPIEDAD DE SCYLA EDITORES

llamo ahora, será mejor que vengas corriendo. –La tomó del rostro y la miró a los ojos, sus dedos se hundían en sus mejillas.

Hubo un tiempo en que Jack era amable con ella, cuando le había suplicado que le permitiera enseñarle sus secretos. Él creía que ésa era la única manera en la que se ganaría el descanso eterno. Él le había contado que había matado a su padre, en la época anterior, y ahora se arrepentía y tenía una enorme deuda con ella. Una vez que comenzó a enseñarle, se volvió impaciente y, a veces, cruel. Quizá porque había descubierto que darle a ella su don no era suficiente para comprar su paz. Había algo más que debía conseguir primero, pero lo eludía. Ahora, normalmente, cuando iba a buscarla era porque quería algo de ella. Ya le había sacado bastante. Cada tres o cuatro meses podía contar con que él regresara a su vida y quisiera algo nuevo. En general, información, o sólo cotilleos. A veces tenía una lista entera de suministros que necesitaba para fines que escogía no revelar siempre. Ella robaba todo cuanto él quería y lo dejaba enterrado en el desierto para él. Hasta el momento no la habían descubierto.

–¿Todavía eres la chica que convertí en mi pupila? –preguntó, aflojando la presión de la mano sobre su cara. La carne de su cuerpo estaba tan fría. La piel era suave pero fría en las zonas que se hundían en ella. Ella asintió contra su mano–. Entonces, sígueme y cállate. Quiero que conozcas a un amigo.

La condujo duna abajo al interior del relativo refugio de un viejo arroyo, que desaguaba en un estrecho barranco, sin cruzar una palabra entre ellos mientras se movían como gatos en la oscuridad. Al final del desfiladero, él encendió una luz química, algo que Sarah no había visto en años. Sarah creía que los palitos azul brillante del ejército eran parte del pasado que tendría que aprender a olvidar. Bajo la tenue iluminación, Jack sacó una piedra tallada en forma de escarabajo de su uniforme y la puso sobre la roca que tenían entre los pies.

–Él vendrá ahora, si somos respetuosos.

–¿Quién? –preguntó Sarah–. ¿Quién vendrá, Jack? ¿El Zarevich?

La mirada que él le lanzó fue aún más fría que la piedra que tenía bajo los pies.

–Éste es un lugar antiguo –dijo por toda explicación. Como siempre, él no lograba decirle nada con fundamento. Esperaba que ella comprendiera sin más qué quería decir. No la sorprendía, sus lecciones eran difíciles en el

PROPIEDAD DE SCYLA EDITORES

mejor de los casos, y a veces completamente parciales–. Tiene sus protectores. Son muertos, pero son muertos limpios. Existe una razón por la que Ayaan escogió este lugar para asentarse.

–Ayaan –gimió Sarah. Naturalmente, Jack no sabría lo que había pasado.

Ella no sabía que quería contárselo. El dolor todavía era demasiado real y personal. No tuvo oportunidad. Una sombra en movimiento apareció en la boca del cañón, recortada por la oscuridad del creciente agujero de sus paredes. Otras aparecieron tras ella.

Las sombras avanzaron dejando atrás la luz del firmamento, siluetas de un terror mucho más antiguo que cualquier palabra que ella supiera. La primera figura se subió a la resbaladiza roca y penetró en la luz, moviéndose sobre unas piernas que no funcionaban bien del todo. Sarah conocía esa manera de andar demasiado bien. Sin embargo, cuando vio el rostro de la criatura, se dispuso a tener un ataque. Estaba oculto tras una máscara plana de escayola sobre la cual había pintado un retrato con grandes y serenos ojos y unos labios turgentes y gruesos. Era una pintura de estilo clásico, griego o romano antiguo, tal vez. Bajo la escayola, su garganta y su pecho estaban tensamente envueltos con raídos vendajes. Los trozos de tela colgaban de sus brazos separados del cuerpo y se enredaban en sus rodillas y gemelos.

Una momia. Se agachó y recogió la talla del escarabajo con sus dos torpes manos de aspecto fracturado. Se llevó el escarabajo al pecho.

–Éste es Ptolemaeus Canopus –dijo Jack–. Puedes llamarlo Ptolemy, le gusta que lo hagan. No habla mucho por sí mismo, pero fue muy importante en los albores de la historia. Ahora es una especie de jefe de la brigada de los vendajes apestosos. Le debo un favor considerable y ahora él tiene esa clase de problema. Quiere que sepas que, hace un par de horas, el Zarevich –Jack escupió en el suelo tras pronunciar su nombre– ha robado a cincuenta de sus compañeros. Acaba de hacerlos desaparecer de la faz de la Tierra. Quiere recuperarlos y necesita tu ayuda.

–¿Mi ayuda? ¿Te refieres a la ayuda de nuestras soldados? –preguntó Sarah con incredulidad. Había leído historias de momias antes, pero nunca había conocido a ninguna. Las momias habían salvado a Ayaan y su unidad de una muerte segura cuando se enfrentaron a Gary, en el otro lado del mundo hace mucho tiempo. Eran no muertos, pero no se comían a los vivos, lo cual era un cambio agradable. Se suponía que eran absurdamente fuertes, pero mentalmente desequilibrados. A Sarah siempre la habían ad-

PROPIEDAD DE SOMA EDITORES

vertido que se mantuviera alejada de ellos, especialmente por Ayaan–. Escucha, Jack, el Zarevich básicamente nos supera en fuerza y, en cualquier caso, la unidad, bueno, no queda mucho de ella, no desde que Ayaan murió. –Ya. Lo había soltado.

–¿Qué has dicho, niña? –exclamó Jack. Parecía más sorprendido que apenado, a pesar de que él y Ayaan se guardaban un poderoso respeto mutuo.

–Ayaan. Ella está… está muerta. –Casi le sentaba bien decirlo en voz alta. Lo hacía más real, pero también le facilitaba lidiar con ello, de algún modo–. Fue asesinada por las tropas del Zarevich ayer.

–Te juro por lo que quieras que no fue así –maldijo Jack–. Se la llevaron con vida, justo antes de coger a los congéneres de Ptolemy.

Sarah sólo fue capaz de mirarlo boquiabierta.

–Creía que lo sabías –dijo él.

La momia masajeó su escarabajo de piedra como si fuera una mascota.

PROPIEDAD DE SCYLA EDITORES